

El General Córdoba

General Córdoba

Antonio Mendoza

Resumen: gracias a este testimonio de 1876, escrito por el doctor Antonio Mendoza, podemos tener un acercamiento al carácter y valía del general Córdoba en su intento de revolución en la ciudad de Rionegro, y comprobar que el deseo expresado en este texto se cumplió: a más de un siglo de su escritura, aún no hemos olvidado al General Córdoba.

Palabras clave: General Córdoba, revolución, Rionegro.

Abstract: Thanks to this testimony of 1876, written by Dr. Antonio Mendoza, we can have an approach to the character and value of General Córdoba in his attempt to revolution in the city of Rionegro, and we can verify that the desire expressed in this text was fulfilled: It has spent more than a century since this text was written and we have not yet forgotten General Córdoba.

Keywords: General Córdoba, revolution, Rionegro.



General de División José María Córdova

Un día de septiembre de 1829 llegó Córdoba, con su ayudante de campo, Sr. Francisco Giraldo, como a las siete y media de la noche, a la ciudad de Rionegro; era la víspera de la celebración de la fiesta de la patrona. Había un gentío inmenso a causa de los fuegos artificiales que a la sazón tenían lugar, diversión que siempre ha llamado grandemente la atención del pueblo antioqueño. En aquella misma hora circuló la noticia, que se esparció con celeridad eléctrica, de que el General iba a hacer una revolución.

Amaneció el día 8 y la ciudad estaba triste y desierta, por haberse retirado los fiesteros, temerosos de algún trastorno político; sin embargo, nada de notable ocurrió ese día. Por la noche se celebró en casa del Sr. D. Pedro Sáenz, español de nacimiento, el enlace matrimonial de una de sus hijas con el Sr. Dr. Jorge Gutiérrez de Lara. El General Córdoba fue uno de los convidados a aquella función, a la que concurrió mostrándose contento y satisfecho. En el ambigú se observó el mayor orden y circunspección, pues las señoras y caballeros, casi todos miembros de la familia Montoya, conocían perfectamente su rango, y practicaban las maneras urbanas estiladas en la buena sociedad; por consiguiente, no hubo algaraza, bullicio ni ruidosas manifestaciones. Se verificó un solo brindis, alusivo a la monarquía y miras políticas que se atribuían entonces al Libertador; los demás se contrajeron a desear días de paz y bonanza a los recién casados. Es de suponerse que un grito de guerra no estaría en consonancia con una fiesta como aquélla, en que los votos y deseos de todos los presentes se aunaban para que la interesante pareja disfrutara de un porvenir risueño y placentero.

El día 9 el General convocó para una reunión en su casa a los Sres. Juan de Dios Aranzazu, Capitán José María Botero Villegas, Capitán José Ignacio Bernal, Teniente Pioquinto Gómez, Subteniente Andrés Alzate y al que esto escribe.

Córdoba, poniéndose de pie cuando todos estuvimos presentes, manifestó estas o semejantes ideas:

Que todos los sacrificios hechos y toda la sangre derramada para consolidar la República eran estériles, puesto que ya se trataba de plantear la monarquía, y que el General Bolívar había usurpado todos los poderes públicos, declarándose dictador; que él había regresado a su país natal decidido a poner término a esos desmanes, y un dique al torrente devastador; que para Antioquia estaba reservada la gloria de hacer resistencia a tamañas iniquidades; y que él se pondría al frente del pronunciamiento.

Concluyó excitándonos a exponer nuestras ideas sobre el particular, con absoluta franqueza. El que esto escribe tomó la palabra y dijo: “que abundaba en los mismos sentimientos que había expresado el General, y que si no teníamos rey con corona, tendríamos un Presidente con Senado vitalicio; que era preciso luchar, y luchar sin tregua, en favor de la República” pero, agregué, en seguida,

General, usted goza de un prestigio grande, inmenso en el Ejército: los enemigos le temen; por lo mismo, y en el acto en que usted se pronuncie contra la dictadura, se lanzarán tropas de Bogotá, las que existen en la Costa y las que se hallan en el sur; de suerte que usted, rodeado por todas partes, no tendrá tiempo para organizar un solo batallón. La lucha, pues, será funesta a los republicanos, y usted, debelado, entregará esta Provincia –donde el nombre de Bolívar es querido y respetado– a, los azares de una guerra fratricida. Opino por que esperemos un poco más, o mejor dicho, porque aguardemos qué efecto produce en la nación el proyecto de dictadura: entonces obraremos en connivencia con otras provincias y con seguridades de mejor éxito.

Tocó su turno al Sr. Juan de Dios Aranzazu, quien con ese lenguaje poético y con esa fraseología armoniosa que le eran peculiares, explicó mis argumentos dándoles mayor realce, y concluyó diciendo:

Pero, General, usted que está nombrado Representante al Congreso ¿por qué no va allá y en plena Cámara pinta la situación de la República, invoca sus grandes servicios a la patria, muestra las heridas de la nación, tan grandes y tan profundas a la vez, y hace presente a todos el abismo a que vamos a precipitarnos? De esa manera los verdes laureles de Ayacucho brillarán con el fulgor de la más espléndida y majestuosa aureola. No vacile usted, General; escuche mis consejos patrióticos y desinteresados.

Agradó a Córdoba el discurso de Aranzazu y dirigiéndose a los militares, dijo: “Y ustedes, caballeros, ¿qué opinan?”

El Capitán José Ignacio Bernal contestó: “Usted sabe, General, el afecto que le profesamos y el caso que hacemos a sus órdenes; pero el lenguaje de estos señores es el de la verdad”.

El General Córdoba, con su semblante risueño, exclamó: “Desisto pues, por ahora, de la guerra; voy hasta Santa Rosa, a Antioquia y a otros pueblos a sondear la opinión y a conferenciar con las personas influyentes, y a mi regreso, tendremos otra reunión”. Disuelta la Asamblea salió Córdoba; afuera, se encontró con el Sr. Giraldo, su Ayudante, y le dijo: “Ya no hay nada! váyase usted a ver a su señora madre”.

.Todo este día transcurrió en silencio, pero a la media noche oí el ruido de generala, tocada por el tambor Antonio Álvarez; justamente alarmado, abrí el portón de casa y me encontré con un hombre a caballo que tenía en la mano una espada desnuda.

—¿Quién es usted? —Pregunté.

Soy Salvador Córdoba, contestó el Coronel; no tenga cuidado; el motivo de la generala es el de hallarse una partida de gente en la puerta de golpe (las afueras del lugar), procedente de Medellín, y que viene a prender a mi hermano. Vístase y váyase a casa del General.

Hice esto y me dirigí a la habitación del Héroe de Ayacucho; hallé las puertas abiertas y penetré hasta la pieza de Córdoba, quien estaba colérico y terrible como un león herido. Sobre una mesa se ostentaba la espada vencedora del Cid colombiano, que, desenvainada, lanzaba rayos y resplandecía como bruñida plata; dos pistolas de caballería estaban a los lados de ella. En el momento en que me vio, dio un paso hacia mí, y levantando la voz, que vibraba fuertemente, arrogante y colérico exclamó: “Sabrá usted vienen a matarme; jamarrar a José María Córdoba como si fuese un malhechor vulgar! ... ¡Oh! primero me matarán; primero despedazarán este cuerpo; pero no me ultrajarán impunemente; ¡vive Dios! ...”

Aquel rostro encendido por la indignación estaba terrible y hermoso. ¡Oh! ¡Cómo debió brillar en medio de las balas en el campo de Ayacucho, cuando inventando la más patética voz de mando que escucharan los hombres, cargaba sobre las falanges españolas, despedazándolas, como un ariete poderoso rompe y tritura el frágil muro!

Tomé un asiento cerca de la mesa y esperamos en silencioso recogimiento hasta que llegó la noticia de haber contramarchado la tropa. Esta efectuó su regreso a Medellín, asustada por los aprestos bélicos, y creyendo que había un ejército en Rionegro.

Fue al amanecer del siguiente día cuando Córdoba empezó a tomar providencias para ocupar la capital de la Provincia. Hizo llamar a un platero de nombre Pío Garcés, de origen caucano, hombre moreno, alto, robusto y de carácter altanero. Cuando vino, el General le dirigió la palabra en estos términos:

—Necesito 2000 balas para hoy a las 5.

—Imposible, mi General; 2000 balas no se hacen en un momento, y yo apenas tengo un balerito pequeño.

Córdoba arrugó el ceño, circunstancia que denotaba en él un furor reconcentrado; luego, fijando la mirada en el platero, y observándole con intención, le dijo con marcada ironía:

—Está bien. Hágame usted 4 balas solamente.

El pobre hombre comprendió perfectamente el sentido de la frase, y temiendo por su vida, murmuró, más muerto que vivo:

—Voy a poner manos a la obra, General.

Inútil es añadir que cumplió lo ofrecido: en vez de 2000 balas ¡hizo 4000!

Córdoba reunió una veintena de escopetas viejas y, con 40 hombres mal armados, se dirigió sobre Medellín, ocupando la capital inmediatamente, sin resistencia alguna, cuando había allí una fuerza respetable, a órdenes del Coronel Urdaneta. Su solo nombre valía por un numeroso ejército.

He aquí la historia fiel de lo ocurrido. Lo que aconteció después, hasta el drama del Santuario, no me toca a mí referirlo, sin embargo, de haber asistido a aquella terrible función de armas.

Habiendo desistido Córdoba de hacer la revolución, lo comprometieron a ello ciertos enredos fraguados por personas de mal corazón. Si en vez de dar oídos a tales especies, las autoridades de Medellín hubieran enviado al General una comisión de pacíficos y respetables ciudadanos, el héroe no se habría exasperado, su amor propio no se habría irritado, y el país contaría hoy con un prócer más y una revolución menos.

Este es el secreto de muchas de nuestras revueltas: la poca destreza de los gobernantes y su poca maña para ahorrarse el vilipendio a ciertos caracteres enérgicos y viriles, han cubierto la Patria de ruinas y sembrado de cadáveres el suelo colombiano.

¡Que la posterioridad no lo olvide!

Medellín, marzo 20 de 1876.